FOTOS: José Cifuentes Hugo Donoso

EL LECHERO TEVIE EN ANATEVKA
Buena interpretación de Marcos Zucker

RESEÑA (1)

Los trinos del violinista

☐ Problemas por falta de una tradición en Chile de la comedia musical

☐ El espectáculo del Casino Las Vegas, un buen comienzo

Lejos del boato de la inauguración y su feria de vanidades, el Casino Las Vegas tiene otra cara: la de un teatro cómodo, bien atendido y, salvo algunos detalles de la decoración, casi elegante.

Y, con *El Violinista en el tejado,* un buen comienzo en lo que promete ser la primera de una serie de comedias musicales con sede en esta sala. Lo ameno del género no significa que sea fácil, sobre todo en Chile, donde no hay una tradición en la materia. A lo largo de los años hubo esfuerzos aislados, tanto en lo nacional como lo importado, con, por ejemplo, *Esta señorita Trini, La pérgola de las flores, Eso que llaman el novio, El hombre de La Mancha,* pero sin continuidad.

La causa es simple: es un género muy caro, pues generalmente exige reparto numeroso, varios decorados y una orquesta. Al mismo tiempo requiere —en los papeles grandes y pequeños— un tipo de intérprete que, salvo alguna excepción, aún no se desarrolla en nuestro medio: el actor que paralelamente, sepa cantar y bailar. Una de las primeras tareas del Casino Las Vegas es contribuir a la formación de un núcleo de intérpretes de esta índole, esencial para el futuro de la comedia musical en Chile.

El comienzo, sin que esas condiciones estén dadas, obviamente es difícil, y comparar con la producción original de Broadway (donde el *Violinista* batió records de permanencia en cartelera) sería un ejercicio estéril. Lo importante son los aspectos positivos del espectáculo: el nivel del trabajo del protagonista y el efecto de conjunto, más que decoroso, que proyecta parte del clima emocional de la obra y configura un espectáculo ameno, que debe mejorar bastante aún si el director sigue trabajando los ajustes en su ritmo global.

Tradición

Basada en los cuentos de Sholem Alejem y ubicada en la aldea rusa de Anatevka

Nº 2230
1978

en 1905, la comedia musical muestra un orden de vida que está a punto de desmoronarse.

La vida de Anatevka está apoyada en una serie de centenarias tradiciones. Cada cosa y cada persona tienen su lugar y su función que nadie discute. La casamentera, por ejemplo, cumple su papel y negocia matrimonios entre los padres que luego serán dócilmente acatados por los jóvenes. El cúmulo de tradiciones —explica Tevie, el lechero— es la forma que la comunidad tiene para mantener su equilibrio. Sin ellas —dice— "nuestras vidas serían tan frágiles como un violinista en el Tejado."

Tevie tiene cinco hijas y a través de ellas siente los aires de cambio. Tzeitel, la mayor, rechaza el matrimonio con el próspero pero viejo carnicero, convenido entre la casamentera y su padre, para casarse por amor con Motel, un pobre sastre. Hodel, la segunda, se enamora de Perchik, estudiante y revolucionario, que trae a aquel pueblo la efervescencia del mundo exterior. Y acto seguido, Belike, la tercera de las hijas, se enamora —pecado capital para Tevie— de un *goy* (cristiano).

Hasta aquí las tradiciones se desmoronan por obra del amor. Pero también se dan elementos ajenos a la pequeña comunidad de Anatevka y que provienen de lejos. Emanan del Zar y conducen a la expulsión de los judíos del pueblo.

Tevie, el lechero

Dentro de este marco general, el eje de la obra es el personaje de Tevie. Tierno y afectuoso por excelencia, siempre tiene un refrán a flor de labios. El humor le brota como el agua de la fuente y en los momentos de crisis entabla sabrosos diálogos con Dios. Por ejemplo, después del anuncio del pogrom por el alguacil: "Yo sé que somos el pueblo elegido, pero - por una vez, ¿no podrías haber elegido a otros?"

Tevie siempre sabe hallar buena cara a mal tiempo. A primera vista, el más apegado a las tradiciones revela una flexibilidad sorprendente y constante. Es un personaje con que se encariña el público de la obra. El actor argentino Marcos Zucker, más naturalista que Zero Mostel en Broadway, le saca amplio partido, convirtiéndolo —como debe ser en este caso— en el centro indispensable del espectáculo.

Gladys del Río (Golde su mujer), se desenvuelve bien en los dúos (el sueño y *¿Tú me amas?),* pero en este papel, en sí reducido, es necesaria una autoridad escénica que dé el personaje por presencia, lo cual no logró. Tal vez habría convenido más una actriz madura.

Las mayores limitaciones del espectáculo están en la parte vocal del reparto, muy dispareja. En este plano se nota claramente lo ya señalado: la necesidad de actores que también puedan cantar. El director Juan Azúa y la orquesta alcanzaron un nivel que oscila entre lo discreto y lo correcto. Los bailes fueron bien solucionados e interpretados, mientras los decorados de Manuel Crespell, versión libre del original norteamericano, estuvieron en líneas generales logrados.

La dirección de Raúl Rossi, importado desde Buenos Aires, fue idónea y profesional, pero sin un nivel notablemente superior a lo que habría alcanzado más de algún director nacional.

Dentro del reparto destacaron Luis Vera (Motel), Diana Sanz (Tzeitel), Pablo Vera (Perchik: mientras no canta), Armando Fenoglio (Tabernero), Felipe González (Violinista). Pero el conjunto del elenco, si bien dio un marco adecuado a Tevie no alcanzó a entregarle suficiente vida propia a aquel pueblo de Anatevka. Seguramente mejorará al correr de las funciones.

Hans Ehrmann ■

RESEÑA (2)

Juegos peligrosos

☐ **Espectáculo del Teatro Joven en el Alejandro Flore**

En principio, nada más inocente que grupo de niños que retoza en una plaz mientras sus padres duermen o trabaja Pero en estos *Juegos a la hora de la sies* (T. Alejandro Flores, jueves a domingo) inocencia del niño es constantemente fluida por el mundo de los grandes y que ni siquiera se la menciona, por la te visión.

Así, en la obra de la autora argenti

MIENTRAS LOS PADRES DUERMEN SIESTA
Elenco homogéneo y vital

RESEÑA (3)

En el Cariola

A primera vista hay cierto parentesco entre **Caín y Abel,** de Tony Cucciara (T. Carlos Cariola), y la ópera rock **1984 Operandina,** que Pepe Gallinato estrenara el año pasado en el teatro Providencia. Pero, a pesar de libretos igualmente endebles y carentes de progresión dramática, el espectáculo del Grupo Tierra —que recorre desde Caín y Abel y Jesucristo hasta San Francisco, Juana de Arco y Ana Frank— tiene algunas virtudes.

Fundamentalmente, un trabajo escénico menos pretensioso y más serio. El elenco es joven y entusiasta; se ve que no improvisan, que hay una preocupación bastante cuidadosa y, en varios casos, talento. La música, sea por las condiciones acústicas del Cariola o la forma de su interpretación, es difícil juzgarla; pero la coreografía de Andrés Pérez —el mismo de **Mahagonny**— tiene personalidad y momentos logrados, consiguiéndose además una interpretación difícil de lograr con quienes no son bailarines Fue lo mejor de un espectáculo, desgraciadamente malogrado en buena parte por su libreto.

Nº 2230
1978